

verdad!" que prejuicia la lectura; o el libro sensacionalista y pontificador de Roberto Blanco Moheno, infame historia de una infamia, que en su dedicatoria se cura en salud: "Desde niño tuve un ansia dolorosa de verdad", *Tlatelolco, historia de una infamia* (Ed. Diana, 1969). Citar estos casos es pertinente en cuanto a la repercusión que sus posiciones causan en la opinión de los lectores de estos libros, que no son pocos.

La pretensión de una verdad a imponer no contamina a obras como *La noche de Tlatelolco* que con sólo mostrar demuestra.

Los días y los años tiene la virtud de no ser por designación propia otra cosa que un testimonio personal que, sin embargo, alcanza la representatividad que otros se adjudican y traicionan. El ensayo, la novela y el testimonio se entremezclan en esta obra que —a diferencia de los escritos de los espectadores o enterados que se precipitan a la interpretación— irrumpe en la vida misma del Movimiento y conviene con él hasta la cárcel. La derrota no se interpreta aunque se discute, pero, sobre todo, se evoca.

Los días son el pasado, las reuniones del CNH, la habitación de la ciudad Universitaria, las movilizaciones, la organización del trabajo, la cronología, la intensidad del líder, los mítines, las amistades, la ocupación militar de la Universidad, las negociaciones: son los días del Movimiento. Los años son el presente, el aletargamiento de la cárcel, el testimonio, la vista hacia atrás, la disolución de la lucha en discusiones de celda, el distanciamiento de los hechos.

La novela se inicia con la represión de la huelga de hambre de los presos políticos de Lecumberri. La evocación de los días de la lucha se va reconstruyendo a través de fragmentos de conversaciones con Gilberto Guevara, Pablo Gómez, Félix Gamundi, Roberto Escudero y otros compañeros de lucha y vecinos de celda. El recuerdo se desdobra y se conforma en un prisma de retrospectivas a través de discusiones y remembranzas. De Alba pule el recuento y el recuerdo, y añade su punto de vista, a veces condimentado por la justificación de las propias acciones, a veces intentando una explicación —que nunca será exhaustiva— a las circunstancias que habrían de desembocar en derrota.

Los días y los años tiene la cualidad de ser el testimonio de un dirigente político a la vez que el de un estudiante. Si bien gran parte del libro está escrita desde el punto

de vista de un miembro del CNH, la perspectiva no se cierra absolutamente sobre el liderazgo, sino que logra a través de la participación un registro cercano a la base estudiantil. No sería del todo acertado ver en lo anterior un punto a favor de la democracia en el Movimiento (es decir: el líder que es vocero fiel de la base); en todo caso, la división en el seno del CNH hacia septiembre y hasta el final puede ser muestra de las dificultades de una democratización al interior mismo del Movimiento.

Como el propio González de Alba dice: "En la Universidad ha sido prácticamente imposible cohesionar una dirección estudiantil auténtica y única porque esta tarea trae consigo dos problemas, uno organizativo y otro ideológico", (p. 83).

El autor se conduce de la intimidad a la vida pública con una actitud única: ya todo es cicatriz que ha quedado. Tanto la narración testimonial como el relato personal están poseídos por la pasión de lo vivido. Así, De Alba recuerda la acusación de los diputados Octavio A. Hernández y Luis M. Farías en contra del rector Barros Sierra como "culpable del conflicto estudiantil", asegurando que el procedimiento de buscar una cabeza que cortar mereció el descrédito general del pueblo de México, con una seguridad sustentada en lo emocional; "Para toda la población era evidente que se habían tardado un poco en indignarse y el método seguido de ninguna manera era nuevo", (p. 139).

Aunque el autor sigue con cierto orden el desarrollo de los acontecimientos recordados, lo rompe bruscamente al final cuando adelante, en el penúltimo capítulo, la agonía de noviembre-diciembre, la división ante la política de vuelta a clases del Partido Comunista y la disolución del CNH, para concluir con el dos de octubre en el último. La intención del autor de desembocar a través de la novela en Tlatelolco, cumple dos funciones: desde una visión integral de la novela, Tlatelolco une los días con los años pues el autor es aprehendido y encarcelado, transportado del habitat de la calle al habitat del penal, los años serán cicatrización del Movimiento, pero especialmente de Tlatelolco; desde otro punto de vista, busca centrar la relevancia de su testimonio en ese punto. Ante la desintegración del Movimiento por incapacidades propias y ante la represión, salta a consideración la pregunta de si el Movimiento Estudiantil fue asesinado. El repliegue de las fuerzas estudiantiles, tanto físico como ideológico, suscitado a partir

del asesinato masivo no provocó el declive del Movimiento, ya mermado a esas alturas. A Tlatelolco, De Alba le adscribe su especificidad: el terror, arma de la represión que aparecerá entonces como nunca en el conflicto. El gobierno no quiso tolerar más agobios a unos días de su "cita con el mundo", de la que habría de salir con la imagen de una fiesta popular en las calles, terrible contraste con la Manifestación del Silencio. ¿Valían la pena unos muertos?

Jaime Moreno Villarreal

*González de Alba, Luis, *Los días y los años*, México, Ed. Era, 1971, 207 pp.

De los orígenes de la represión al simplismo de la proposición

Para explicar un fenómeno tan complicado como la insurrección estudiantil del año olímpico, que involucró a los tres poderes legales de la nación y a los ochocientos ilegales que agobian al país (entre los que se cuentan los empresarios, la CIA, el Batallón Olimpia, los halcones y los cronistas de fútbol), resulta demasiado estrecha y rígida la proposición que Salvador Hernández hace en *El PRI y el Movimiento Estudiantil de 1968*, para ayudar a desentrañar esa enredada madeja que tantos cabos tiene aún por amarrar.

Ahora sí que "como el título lo indica", Hernández supone que la aplanadora priista es la única culpable de los sucesos que culminaron en la Plaza de las Tres Culturas, y por lo tanto se da a la tarea de "analizar la estrategia de la organización estudiantil del Consejo Nacional de Huelga y del Partido Revolucionario Institucional (PRI), con objeto de comprender el porqué de la violenta represión por parte del gobierno para suprimir al grupo estudiantil".

Para encontrar "el por qué de la violenta represión", el autor utiliza esa esquemática metodología tan cara a los estudiantes de Ciencias Sociales que consiste en: a) una imprescindible ubicación histórica del problema en la que se menciona lo tontos que eran Villa y Zapata para pensar políti-

camente y lo listo que eran primero Obregón y luego Calles, para concluir diciendo que con Lázaro Cárdenas terminó la etapa revolucionaria mexicana del siglo; b) explicar el desarrollo de un sistema monopartidista a partir de 1923, que sólo sirve para perpetuar los intereses de la burguesía; c) iluminar al lector sacando los trapitos al sol del PRI a través de frases que quieren ser demolidoras y contundentes, pero que resultan más sobadas que una quinceañera al terminar el noveno vals de la fiesta: "El Partido Revolucionario Institucional es la pirámide política. La estructura de esta pirámide es compleja, casi podríamos decir problemática" (¡nooo!), para luego elaborar un esquema donde se demuestra gráficamente "la complejidad" del PRI y acabar así el capítulo correspondiente: "Nuestra argumentación nos ha llevado a concluir que en los sectores y en la dirección del partido, el control del gobierno va de arriba hacia abajo, en

una forma unidireccional, con muy poca o ninguna influencia de los trabajadores, los campesinos o los pequeños empresarios".

El investigador continúa su "argumentación" con afirmaciones como a) los estudiantes lo único que perseguían era el diálogo público, lo cual intenta comprobarse mediante una cita de alguno de los dirigentes del CNH; b) se afirma que a las autoridades les interesaba únicamente mantener el principio de autoridad y para corroborarlo cítese al margen a algún comentarista político prestigiado; c) se hacen comentarios a lo que lo científicamente personal no les quita lo fallido: a Hernández le parece "extraño" que Cárdenas intentara centralizar —que no controlar autoritariamente como lo hacen hoy las centrales obreras— a las masas trabajadoras para sacar adelante su proyecto nacionalista, o bien al investigador le parece que a los políticos mexicanos les ha interesado "en los últimos veinticinco años", 1) au-

mentar el nivel de vida de la población y 2) lograr la independencia económica nacional de nuestro país". ¿Qué te parece Miguel Alemán?

¿Cómo echarle la culpa al PRI y nada más que al PRI de los heridos, torturados y muertos que en esa etapa hubieron? ¿Cómo analizar un problema que surge de una realidad profundamente contradictoria desde inmemoriales tiempos históricos, con un punto de vista incapaz de desviarse siquiera una cuadra? El análisis en términos "científicos" requiere de un punto de vista dialéctico que posibilite avanzar más allá de los planteamientos iniciales, aún cuando esto lleve, incluso, al investigador a contradecir sus propias hipótesis. La investigación no triunfa cuando se limitan sus hipótesis, sino cuando las comprueba a través de la argumentación, o las desdice: el gobierno influye en el PRI pero el gobierno no es el PRI (pregúntele a las organizaciones empresariales); los estudiantes querían el diálogo público, pero no sólo los estudiantes participaron en el movimiento; el gobierno quería mantener el principio de autoridad, pero también quería evitar la concientización de las masas.

Las evidentes contradicciones de la sociedad mexicana no permiten que quienes entablan una lucha por el poder caminen por una alegre veredita recta. La realidad transita por más de un solo sendero y si como dice Hernández, la represión cayó sólo sobre "un grupo" de estudiantes, ¿porqué hoy se habla tanto de fractura histórica? ¿porqué los liberales quieren conciliar violencias internas mediante la reforma política? Sesenta y ocho fue algo más que una pugna entre el CNH y el PRI: se trataba de transformar el sistema político, de demostrar que existen los aparatos de control obrero y campesino, se trataba de aniquilar a la mayoría silenciosa y posibilitar una mayoría popular, participante y decisiva. Los estudiantes y quienes participaron en el movimiento, querían hacer saber al país que la realidad no se puede tapar con un verbo gubernamental. Había que decirle a todo el mundo que algo andaba mal y que muchos se habían dado cuenta de las mentiras del país, de su autoritarismo y su engañoso orden.

José Buil

Salvador Hernández. *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*. Ed. El Caballito, 1971, 126 pp.

